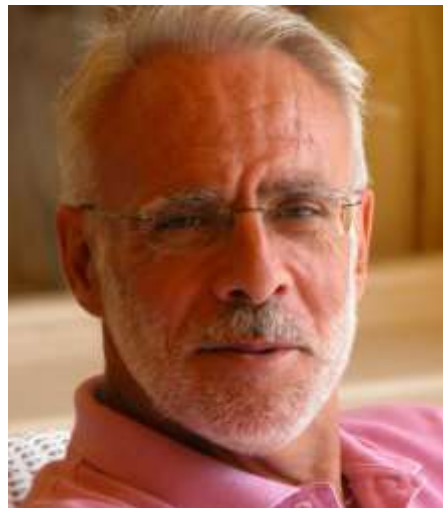


ENTREVISTA A JOSÉ LUIS VIDAL
CATEDRÁTICO DE FILOLOGÍA LATINA

XAVERIO BALLESTER
Xaverio.Ballester@uv.es

Fue en su momento (1983) uno de los catedráticos de Filología Latina más jóvenes de la Universidad española, unánimemente apreciado en lo científico y en lo humano por sus colegas, el valenciano—nacido en Castellón de la Plana—José Luis Vidal, lleva toda su vida profesional vinculado a la Universidad de Barcelona; primer español que fue miembro del comité científico de la “Fundación Hardt”, fue también durante 8 años vicepresidente de la Sociedad Española de Estudios Clásicos y ha dirigido tanto numerosas tesis cuanto proyectos de investigación sobre literatura romana; gran conocedor de la música clásica, viene ejerciendo desde decenios la crítica musical en las principales publicaciones de nuestro país.



¿De dónde tu vocación de filólogo clásico? ¿Qué te llevó, entre otros intereses tuyos de entonces como la Filosofía o la Música, a decidirte por la carrera de Filología Clásica, lo que a la sazón comportaba además dejar no sólo tu Castellón natal sino incluso nuestra región?

La afición—todavía no vocación—por la antigüedad clásica arranca de forma difusa casi desde mi niñez. Recuerdo cuánto me gustaba, por ejemplo, el “cine de romanos” (entonces no se llamaba *peplum*), que muchas veces era “de griegos”: Ulises, Alejandro, Ben-Hur, *Quo vadis* etc. Luego esa afición creció en forma de gusto por los escenarios, la arquitectura, la escultura, recreados por ese cine. Creo fue importantísimo que mi padre me regalara—sería a principios de los sesenta—sendos libros de Emil Nauck que se llamaban *Grecia* y *Roma*, y que devoré ávidamente (aún los conservo como oro en paño). Pero donde todo eso se consolidó en una vocación ya bastante definida: estudiar latín y griego, fue en el bachillerato. En ello desempeñó un papel determinante—y he comprobado que suele ser así en

muchos casos—la figura de una profesora, D^a Josefina Soler García, Catedrática de Latín del Instituto “Francisco Ribalta” de Castellón. Discípula del gran maestro de la Universidad de Barcelona, Mariano Bassols de Climent, despertó en mí el gusto por los textos, por el reto de su explicación gramatical, su plena comprensión, su traducción; además guió mis pasos todavía cuando empecé a estudiar en la Universidad de Valencia e incluso me fueron valiosos sus consejos cuando, trasladada ella a un instituto de su Barcelona natal, empecé la especialidad de Filología en la Universidad de Barcelona. No me resisto a contar una anécdota que todavía me hace sonreír. Josefina Soler enseñaba sobre todo gramática, con rigor y sentido práctico y de manera orientada a la comprensión y la traducción. En el curso preuniversitario leíamos la *Eneida* y Virgilio supuso para mí un deslumbramiento. Un día le explicaba a la Srta. Soler—así la llamábamos respetuosamente sus alumnos—cuánto me gustaba Virgilio y el mundo que a través de él iba describiendo y le pregunté si podía recomendarme alguna lectura para profundizar en esos conocimientos; al día siguiente depositó en las manos de aquel jovencito ilusionado con el descubrimiento de los mitos y leyendas romanos un libro, de latín ciertamente, *Particularidades sintácticas del latín medieval*, de Juan Bastardas Parera. Creo recordar que no me sentí confundido, era lo que me recomendaba la Srta. Soler y debía ser bueno. Recuerdo vagamente que lo leí hasta donde pude. Y ahora pienso qué grande debía ser mi vocación si resistió semejante prueba. Lo que entonces no podía de ninguna manera suponer es que, andando los años, Joan Bastardas i Parera, a la sazón Catedrático de Filología Latina de la Universidad de Barcelona, sería profesor mío y que más adelante tendría yo el privilegio de ser su discípulo. Y cómo se reía mi maestro cuando le recordaba la anécdota. El magisterio del Prof. Bastardas—en lo científico y en lo humano—es una de las cosas venturosas que me ha pasado en la vida. La añoranza de su ejemplo me acompaña siempre.

¿Qué recuerdas especialmente de tu paso por los cursos comunes en aquella Universidad de Valencia de pocos pero famosos Catedráticos como Dolç, Montero o Ubieto?

En primer lugar permíteme decir cuán importantes, incluso fascinantes, eran esos cursos comunes que se proponían y, en la mayor parte de los alumnos, lograban dar un sólido fundamento común a los *studia humanitatis*. El afán inmoderado de especialización trasladado sin contemplaciones desde las ciencias de la naturaleza a las del espíritu ha sido nefasto para estas últimas. Pero dejémoslo aquí, no sea que me precipite por el plano inclinado de la *laudatio temporis acti* y además en su versión jeremíaca.

En el caso de los cursos comunes de Filosofía y Letras, que seguí en el venerable y bello edificio de la calle la Nave, creo que en líneas generales los profesores que más destacaban eran aquellos que pertenecían a especialidades que

se podían estudiar en Valencia y que no sólo no evitaban, sino que concedían la mayor importancia a los cursos comunes. Recuerdo especialmente a los profesores de Historia y los de Filosofía. El rigor y la exigencia de Ubieto, en Historia, eran legendarios. De Carlos París recuerdo la elegancia y la novedad del discurso. Quien más influyó en mi formación como universitario y casi diría como ciudadano fue el inolvidable Joan Reglà, quien nos enseñó a “comprender el món” (así se llamaba un sugerente libro suyo) a generaciones de estudiantes. Y a su lado recuerdo a Fernando Montero, recién incorporado a la cátedra de Historia de la Filosofía y cuyas lecciones sobre filosofía griega fueron decisivas en mi vocación por la Filología Clásica. He dejado para el final a Miquel Dolç, Catedrático de Latín que asumía también, como era usual en las facultades sin especialidad de Filología Clásica, la enseñanza del griego. Dolç representaba en aquel entonces—y siguió representando durante toda su vida—un acabado ejemplo de humanista. De él intenté aprender, más allá de las disciplinas gramaticales, una forma y un estilo, una manera de encararse al mundo clásico desde el contemporáneo, y una escrupulosa atención a la técnica y el arte de la traducción.

La especialidad la realizaste en la Universidad de Barcelona, la que ha sido tu alma mater desde entonces y usque ad diem hodiernum ¿qué te llevó a decidirte por esta Universidad y que destacarías de tus años allí de formación con Alsina, con tu maestro Bastardas, Bejarano y otros?

La primera cosa que debo y quiero decir al respecto es que en la Valencia de entonces no se daba, salvo en manifestaciones más bien populistas, la *catalanofobia* y, menos todavía, el secesionismo lingüístico, que tan nefastas cotas alcanzaría después. En la Facultad que conocí discípulos del gran Vicens Vives, como Reglà y Giralt, personalidades como el gran arqueólogo Miquel Tarradell—catalanes—el propio Dolç—mallorquín—no hacían apología de la comunidad de lengua y de tantos espacios de cultura con Cataluña. Era algo que flotaba en el ambiente. Barcelona—más cercana que Madrid y sobre todo que Salamanca, las otras dos universidades donde se podía cursar Filología Clásica—era una opción, por así decir, natural. Sólo más tarde caí en la cuenta de que yo me había empezado a formar, en el Instituto, con una discípula de Bassols y de que continué estudiando en Valencia con Dolç, brillante discípulo suyo; en fin, sin darme cuenta, muchas cosas conspiraban para que yo primero estudiase en la Universidad de Barcelona y después fuera miembro de la escuela de Filología Latina de Barcelona

¿Es cierto que en aquellos días la carrera se completaba con la superación de asignaturas deportivas? Tan ferozmente renuente a este componente de la

paideía clásica ¿cómo te las arreglaste para superar, incluso—se cuenta—con brillantez, las arduas pruebas físicas que os exigían?

En fin, como el delito debe de haber prescrito, lo diré. En unos cursos me apunté a equipos deportivos del Colegio Mayor donde residía, donde me colaron—entiéndase: sin obligación de ejercicio—benévolamente sus componentes. En otra ocasión, aprovechando la enorme cantidad de candidatos y el no excesivo rigor en la comprobación de identidades, se examinó por mí un amigo mío, notorio atleta. En esta última ocasión me pasó algo realmente cómico: “me”, o sea “le”, dieron una medalla de plata, que hubiera debido recoger “yo” en el solemne acto de apertura de curso. Quien me haya conocido cuando yo tenía veinte años (y muchos más kilos) comprenderá lo prudente que fui al no salir a recoger la medalla.

Desde tu celebrada tesis la literatura romana y especialmente el tenido por su máximo exponente, Publio Virgilio, han constituido los preferentes campos de investigación y docencia en tu vida académica ¿hay algo de Virgilio que todavía la mayoría de nosotros no sepa? o aliter: ¿qué nos queda ya por saber o investigar acerca del excelso vate de Mantua?

Técnicamente podría responder que siempre está abierta la posibilidad de encontrar un manuscrito, un papiro, una inscripción que aporte algo nuevo al texto de Virgilio, pero eso sería eludir la pregunta. Lo que cada uno de nosotros puede hacer es descubrir *su* Virgilio. *Descubrimiento del Mediterráneo* fue el título que Josep Alsina, gran helenista del que tuve la suerte de ser alumno, puso a un bello libro suyo en el que proponía la lectura de los clásicos a la luz de la circunstancia contemporánea. Virgilio, el clásico de Europa, según conocida expresión de T.S. Eliot, no sólo ha ejercido una influencia importantísima en las letras y las artes de Occidente, sino que es susceptible de un descubrimiento personal. Y puedo asegurar que vale la pena intentarlo, que el arte y el pensamiento de Virgilio siguen diciendo cosas al lector actual.

Con tu tesis sobre la poesía centonaria y, por ejemplo, tus estudios sobre las Vitæ Vergilianæ o comentaristas de Virgilio muchos aprendimos cómo es posible comprender mejor a los antiguos desde la tradición propia e inmediata, desde quienes por primera vez se enfrentaron al reto de leer, comprender, explicar y preservar—que esto es la Filología clásica—aquellos grandes textos fundacionales de la literatura occidental. En tiempos más recientes empero esta práctica de recurrir a lo posterior para explicar lo antiguo se ha extendido a épocas mucho más recientes, incluso actuales, y hasta escritores que ni por cultura ni por lengua pueden de ningún modo adscribirse a aquella misma sociedad ¿no es esto un

abuso? ¿Qué puede un autor moderno aportar para la mejor comprensión de un clásico? ¿Qué límites cronológicos debe tener la Filología Clásica?

La tradición de los clásicos a lo largo de los siglos hasta nuestros días es ciertamente lo que en mayor grado justifica su conocimiento y estudio. De vez en cuando se producen en la cultura occidental “renacimientos”—aparte de *El Renacimiento*—que los vivifican y su influencia penetra por caminos muy diversos en las letras, las artes, las ideas. Así que el estudio de estas últimas, cualquiera que sea la época, si en ellas está viva la tradición clásica, es no sólo oportuno, sino que vivifica, por repetir la palabra, a los clásicos. Yo diría entonces que el abuso en la investigación de esa tradición no quita el uso—*abusus non tollit usus*, según el viejo precepto—y que el estudio de la recepción de la Antigüedad permite comprenderla mejor, lo que al fin y al cabo es el objetivo de los estudios clásicos. Y, sí, ciertamente corremos el peligro de que se proceda a ese abuso: el latín y el griego son lenguas difíciles, la investigación en Filología Clásica es una tarea ardua y una manera de soslayar esas dificultades sería proponerse objetivos más fáciles con la excusa de su situación más o menos remota en la tradición clásica. Conviene a este propósito ser prudentes, recordar que no hay estudio válido de la tradición si no parte de un conocimiento riguroso de los clásicos que la han originado, entre otras cosas porque ese mismo conocimiento es lo que permitirá separar el grano de la paja, lo que es auténtica tradición clásica de lo que es moda superficial y pasajera.

Lo dicho vale para lo que podríamos llamar límites temporales de la Filología Clásica: en primer lugar, el estudio de la antigüedad. En términos puramente técnicos, esto bastaría. Pero el filólogo clásico no solo es un científico especialista, un *Fachman*, por utilizar la expresión alemana. Si así lo fuera el griego y el latín se estudiarían con no menos respeto y atención que, por ejemplo, “las canciones Calipso de Trinidad y los himnos de los monasterios tibetanos” (el ejemplo es de Highet en su recomendabilísimo libro *La tradición clásica*), pero el filólogo clásico es también un mediador, un *Vermittler* entre los clásicos y nosotros. Y en ese sentido puede y debe interesarse, en segundo lugar, por las maneras en que la Antigüedad clásica ha pervivido hasta nosotros.

En cuanto a los límites del objeto de estudio de la filología clásica, esta es cuestión debatida. Los alemanes—y perdóneme la recurrencia a lo alemán, algo inevitable en estas cuestiones de método—propusieron, como es sabido, la palabra *Altertumswissenschaft*, ‘ciencia de la Antigüedad’ para designar lo que nosotros llamamos *Filología Clásica*. Creo que ese objetivo, el estudio de la Antigüedad en todos sus aspectos, debería permanecer, si no como meta realmente realizable, sí al menos como aspiración, incluso utópica. Disiento de los que, en el lado contrario,

opinan que la tarea del filólogo clásico es estrictamente el estudio de la transmisión textual y el consiguiente establecimiento del texto. Yo prefiero decir que la Filología Clásica se propone el conocimiento de la Antigüedad por el camino que proporcionan el conocimiento e investigación de las lenguas y literaturas griega y latina.

Del considerado el más grande, Virgilio, a los más pequeños. En los últimos años y mediante diversos proyectos, contigo como investigador principal, has dedicado tu atención a los autores menores ¿qué tienen estos que decirnos o enseñarnos respecto a maiores cuales Cicerón, Livio, Horacio o Virgilio?

El filólogo clásico, como acabo de recordar, no solo es un científico especialista, pero es también un científico especialista. En ese sentido el estudio de la literatura *menor*—la literatura fragmentaria, la transmitida por tradición indirecta, la epigráfica, la transmitida por textos papiráceos—se justifica por sí mismo, amplía el campo de lo cognoscible en la literatura latina. Por otra parte, cuando se trata de épocas y géneros cuyos autores y obras grandes o no existieron—hay épocas de decadencia—o se han perdido, el conocimiento de esa literatura menor permite rellenar lagunas, atisbar o conocer cuál pudo ser la presencia y evolución de la literatura latina en esos momentos. Por poner un ejemplo: nada o casi nada sabríamos de la oratoria latina anterior a Cicerón si no fuera por ese tipo de investigación.

Por último, esta es una publicación especialmente dirigida a profesores de bachillerato, a nuestros principales suministradores de materia prima y que cada vez realizan su trabajo entre mayores dificultades ¿algún mensaje para este sufrido estamento y fundamento capital de nuestra tribu filológica?

Desgraciadamente no he conocido la experiencia de ser profesor de enseñanza media. A cambio, mi admiración por los compañeros que se dedican a ella es enorme: sobre ellos, sobre su capacidad de despertar vocaciones en los jóvenes en una época crucial de su vida, descansa el futuro de los estudios clásicos. Hace ya bastantes años me cupo el honor de pronunciar la lección de clausura en el X Congreso Español de Estudios Clásicos, y quise aprovechar la ocasión para dedicar esa lección “A los profesores de latín y griego de Enseñanza Media, gracias a cuyo esfuerzo tantos jóvenes españoles han podido leer a Virgilio y Homero en su lengua”. Seguramente eso ya no es posible en la actualidad y ciertamente no debido a los profesores, sino a lo que yo llamaría *la conspiración de la mediocridad*, por designar de alguna manera a un conjunto de leyes, ordenanzas y reglamentos que dificultan, entorpecen o intentan que desaparezca el estudio del griego y del latín—

y de cualquier otra materia, empezando por la filosofía, que contribuya al cultivo de un espíritu no solo informado sino formado, crítico y libre. No puedo dar consejos de cómo sobrevivir en esta época de angustia, pero sí formulo la esperanza de que de esta oscura edad salgamos algún día, ojalá que sea pronto, por medio de un renacimiento, por modesto que este sea, uno que empiece por restablecer la dignidad de los estudios humanísticos y que se cuide de que su base, el conocimiento del latín y el griego, vuelva a ser enseñado a los jóvenes en condiciones—horas de impartición, presencia importante, tiempo suficiente—que lo hagan verdaderamente posible.

Que así sea. Muchas gracias, maestro, por tus siempre reconfortantes palabras.

Xaverio Ballester